

La prosa de Miguel Hernández

Por MARIA DE GRACIA IFACH

Las prosas de Miguel Hernández son escasas y poco menos que ignoradas. Sin embargo, por su valor auténtico, deben tenerse en consideración al valorar su obra, especialmente las poéticas.

Escritas cerca de la adolescencia —a excepción de las sociales, que datan de la guerra civil española (firmada alguna con el seudónimo Antonio López), aparecieron las primeras por los años 1933 al 36, en "La Verdad", de Murcia, en cuya página de Letras tuvo Miguel Hernández como compañeros a Carmen Conde, Antonio Oliver, Raimundo de los Reyes, José Ballester, Pérez Clotet, etc. En 1955, el admirable y llorado Juan Guerrero Ruiz, amigo y alentador suyo, las recopiló para el libro "El poema en prosa en España", de G. Díaz Plaja, quien en su prólogo dice del "grande y doloroso poeta"... "que bien puede figurar a todo honor entre los dioses mayores" de su generación y como benjamín de la misma. (Se refiere a la de 1927. Opinamos, con otros autores, se le debe situar en la del 36).

Estas prosas, de calidad poética indiscutible, ofrecen el sello hernandiano de la época de su primer libro "Perito en lunas", es decir, cierta influencia de los poetas del Siglo de Oro, sobre todo de Góngora. El lenguaje agreste del hombre enamorado de la Naturaleza, en continuo contacto "con Dios y sus gracias menudas", se empareja genialmente al esteticismo por el que se preocupaba con un afán de superación cultista. De este modo, junto a una frase alquitarada, se encuentra el vigoroso brochazo de una expresión rústica, de cetrero realismo. Y si en algún momento la claridad se empaña por conceptismos y peculiaridades —adjetivación del sustantivo, neologismos y otras licencias—, la originalidad de imágenes y el torrente lírico compensan y hasta sobrevaloran lo extravagante.

Pero no es su caudaloso estilo ni su portentosa imaginación lo más

importante, sino su profundidad, su sentido humano. Todo cuanto le rodea, lo grandioso como lo mínimo, conmueve su alma, de la que brotan páginas palpitantes de sensaciones nobles y puras. De su vida sencilla y pobre, de su comunión constante con pájaros, árboles y hierbas, su huerto y su pozo, surgieron las prosas "Momento campesino", "Pastor plural", "Marzo hortado", "Enfermo de silencio", etc., de singular hermosura. Transcribimos algunas frases de la primera:

"Pensamientos más altos que palmeras, me alejan de mi cuerpo, accidente mío. Mis ojos, nacidos para estar solos, sólo los llevo, sin acompañamientos de deseos y facciones, por estos paisajes descalzos, por estos cielos de labranza".

"El almendro está a punto de ser puro dos veces: pureza de desnudo y pureza de florido".

"La soledad aparta más que la distancia".

De la misma época son las prosas que en 1957 seleccioné para formar el volumen "Dentro de luz", a fin de dar a conocer esta faceta de la obra hernandiana, con la eficaz ayuda de un editor inteligente: Fernando Baeza. Temas de estas páginas son el canario que enmudece de pronto, la niña pobre, la torre del monasterio, unos ciegos mendicantes, el robo de fruta...; y él mismo, el poeta, pinta su humilde vida de pastor y cuanto sufre por ello ("Todos los días me estoy santificando, martirizando y mudo").

La ternura de Miguel es evidente en todas las prosas, pero resulta más viva en "Cabra, fórmula de feminidad", a la que dedica requiebros finisimos, tan cerca como aún estaba del pastoreo. También su gracia se muestra en asuntos más atrevidos, tales "Tía Relenta" y "Robo y dulce", pues el poeta del amor y de la muerte poseía una vena humorística de la mejor ley, expresada rotundamente, a lo Quevedo, o sutilmente, a lo Miró.

En cuanto a las prosas inéditas, quedan recogidas casi en su totalidad en la Obra Completa de próxima publicación. Leyéndolas y releyéndolas se aprecia cada vez mejor su altura lírica, social y filosófica; su valor no es netamente poético, sino que encierran una visión metafísica del mundo y son producto de percepciones agudas y equilibrios intelectuales, después del mucho sentir y del mucho pensar. A quienes estiman que el mérito de Miguel Hernández radica en lo externo de sus versos, en su virtuosismo verbal, les remito a la lectura de su obra, la conocida y por conocer, y a la de estas prosas excepcionales en las que la presencia de Dios es patente, aun cuando no siempre se le nombre. Hay espontaneidad en su manera creacional —para eso nació poeta y con talento extraordinario—, pero también estudio, perseverancia y meditación.

Por último, al margen de su obra, hay otros aspectos de difícil conocimiento en el hacer de Miguel Hernández; el epistolario a su novia y esposa, tan hermoso al principio, tan tremendo al final, de difícil superación emotiva. En estas sencillas cartas, como destinadas a una mujer sencilla, hay una diafanidad y una belleza de estilo asombrosa. Y un amor y un dolor inmarcesibles.

Asimismo he leído —en mi reciente visita a Josefina Manresa—, borradores autógrafos de cartas dirigidas a los amigos de Orihuela o a los de Madrid, saturadas de nobleza y hombría de bien. Y manuscritos con notas y apuntes, de menuda y apretada caligrafía, casi ilegible, que quisiera algún día poder desentrañar. De estos papeles queridos extraje pensamientos, imágenes o ideas, cuyo desarrollo impidió la muerte. En estas páginas se ofrecen algunos, como homenaje de su gran sabiduría y su gran bondad, en el cincuentenario de su nacimiento, el 30 de octubre del "año de gracia poética" de 1910.

Miguel Hernández Poetapastor de palabras

Por FRAY JACINTO NICOLAS MATEOS

“Que no se pierda esta voz, este acento, este aliento joven de España”, exclamó Juan Ramón Jiménez al leer los primeros poemas de Miguel Hernández. No se ha perdido esta voz, no. Hace ahora justamente veinticinco lustros que se ha callado sólo, que ha caído redonda y estremecedora como un fruto maduro. Pero sigue ahí, como las buenas, alentando, enseñando, marcando las palabras a los hombres de las nuevas generaciones.

Treinta y dos años jóvenes bastaron a Miguel Hernández, a este “ruiseñor enlutado” del Sureste, para colocarse en la cima de la mejor poesía española de su tiempo. Su voz empieza, junto a la luz y el agua, en Orihuela, una ciudad tan transida de poesía que hasta el paisaje se hace verso libre y estirado en la verdísima palmera. Aquí viene a la vida el hombre y el poeta un 30 de octubre de 1910.

Hasta los once años, Miguel es un niño tímido y balbuciente, casi mudo, dedicado a la prosa de cada día, a conducir el ganado por los pastos de su tierra. Apenas sabe leer ni escribir. Pero en este menester silencioso y sosegado que le ocupa, su verbo empieza a desbordarse, a salirse hacia las cosas al contacto directo con la naturaleza: piedras extrañas que ruedan desde el monte, pájaros que no pueden tomarse de la mano, ovejas que se detienen asustadas ante el eco de su voz... Y nace el poeta asombrado, con su poesía primitiva, ingenua, pura. Empieza ahora el difícil pastoreo de la palabra. El poeta-pastor ha empuñado báculo y cayado para conducirlas. Primero, ordenada y pacientemente, hacia el verso ceñido del soneto. Después, más sueltas, más ruidosas de metáforas, hacia el verso largo y generoso. Así obtiene esa madurez y dominio, esa

fuerza y verdad doliente que caracterizará toda su obra.

La poesía de Miguel Hernández está hecha de hombría, traspasada de un dolor existencial casi negro. Su corriente se cruza y se detiene en temas tan universales como el amor, la muerte, la raza y la difícil esperanza. Como el toro, como el rayo que no cesa, quedará él también definitivamente marcado para el dolor y la muerte. Diecisiete años de creación, apenas, diecisiete años edificando, diecisiete años empujando esa poesía inmensa, universal, casi cósmica, ha gastado el poeta en su obra. ¡Pozo ingenuo y hombre terrible este Miguel!

En su primera obra “Perito en lunas”, escrita hacia 1933, se convoca el relampagueo y brillo de la metáfora gongorina. Viene luego, “Quien te ha visto y quien te vio”, un auto sacramental con resonancias calderonianas. En “El silbo vulnerado”, tema de corte y aldea, es Quevedo quien anda metido en hondura y barroquismo. Toda esta trilogía podría definirse como la obra construida a golpes de amor. A Miguel se le asoma a cada instante el niño que ha intentado ser, que ha bebido en los clásicos el agua más limpia llevada en la más cuidada forma de su verso.

Pero el oriolano tropezará un día con el verso existencialista y sangrante de Neruda, que dejará en él una huella indeleble y marcará su voz hacia otros horizontes más turbulentos y sospechosos. Ha ganado el escritor en valor expresivo, pero ha perdido, sin duda, el poeta. Porque la poesía está tan por encima de las intencionalidades, es tan frágil en su voluntad de dañar, que, al colocarla al servicio de cualquier partido acaba por quebrantarla un poco. Quizá sea ésta la acusación más seria que pueda formularsele contra una

segunda poesía de Miguel Hernández. Esta segunda poesía se abre, además, en una fecha decisiva para la historia española, 1936. Aparece entonces “El rayo que no cesa”, cuya temática es el dolor y la muerte. Sus poemas se retuercen aquí con el empuje vigoroso y bravío del toro acorralado, el deseo de vivir, por una parte, frente al destino estremecedor de la muerte. Seguirá a esta obra, “El labrador de más aire”, que empalmaría con ciertos dramas pasionales y de aldea de Lorca. Más tarde, en plena efervescencia bélica, “Viento del pueblo” y “El hombre acecha”, títulos que por sí solos definen su contenido. Hay aún una última serie poemática, escrita desde la prisión, “Cancionero y romancero de ausencias”. Miguel recoge toda la ternura derramada a través de esa curva sinuosa que va de la mujer amada y lejana al hijo suyo doblemente perdido. Y acaba riéndose —Últimas canciones— sólo, ahuecado y sin palabras ya, “con la alegre tristeza del olivo”.

He citado intencionadamente este verso, casi finalista de su poesía. Porque en él se resumen plenamente todo el sentir hernandiano. El hombre maduro, el pensador, en este tronco adusto y rugoso del olivo. Y la emotividad, la ternura, que es su complemento, en la alegre tristeza. Ahí queda, si no, su obra. Y ese elogio sincero, compartido hoy por la gran mayoría, que Vicente Aleixandre dedicó ante la tumba de Miguel Hernández, en el cementerio de Alicante: “Tú, el puro y verdadero, tú, el más real de todos, tú, el no desaparecido”.

(Publicado en la Estafeta Literaria el 25 de Marzo de 1967).